

LA IGLESIA ANTE LOS GRANDES ACONTECIMIENTOS DEL SIGLO XX

La Historia de la Iglesia está íntimamente relacionada con la historia humana, con la cultura de los hombres, con el desarrollo de las ideas, con sus esperanzas e ilusiones más profundas. En realidad, la historia eclesiástica es también, en muchos sentidos, la historia de los hombres de estos dos mil últimos años.

El siglo XX, como todos sabemos, fue una época en la que acontecieron sucesos de una gran magnitud: dos guerras mundiales, la explosión de la bomba atómica, la llegada del hombre a la Luna y la exploración del espacio, la descolonización y la independencia de muchos países, la división del mundo en bloques (Este - Oeste) y en situación económica y cultural diferente (Norte - Sur). En este mundo tan plural, la Iglesia continúa siendo una realidad, querida, buscada o despreciada. Siempre controvertida. Con estos presupuestos nos acercamos a la historia de esta Institución en la vigésima centuria y el paso al siguiente siglo.

Desde el punto de vista religioso asistimos a lo largo del siglo XX a la consolidación de un mundo secularizado, proceso que tuvo su origen en la Ilustración y en las revoluciones liberales, quienes con el poder absoluto de la razón y la aceptación de la religión natural o deísmo, iniciaron un camino de descristianización y de reducción de la religiosidad al espacio personal y privado. Las formas y los talentos sociales se desacralizaron, los gobiernos se apropiaron de la enseñanza y de la seguridad social, antes en manos de la Iglesia, y las metas sociales se centraron en el progreso y las mejoras económicas. Para muchos la religión dejó de ser importante y para no pocos se convirtió en una rémora u obstáculo. La fe parecía ir caminando solitariamente por un lado mientras que la cultura y la ciencia avanzaban por otro.

En esta época, la Iglesia se esforzó por integrarse en la sociedad dialogando con sus representantes y señalando que su doctrina no se contradice con los valores que enriquecen y fortalecen al hombre, al tiempo que mantuvo su cercanía a los más pobres y marginados. No olvidemos que a partir de León XIII con el estallido de la Revolución Industrial y con ella, el nacimiento del capitalismo, la Iglesia vio la necesidad de pronunciarse sobre las cuestiones sociales, y por ello mencionado pontífice (1878-1903), conciliador entre la Iglesia y la cultura, publicó en 1891 la encíclica *Rerum Novarum*, que inauguró la Doctrina Social de la Iglesia. Prácticamente todos sus sucesores, de una u otra manera, se han pronunciado al respecto, inculturando la doctrina de la Iglesia en el mundo social y laboral. En nuestros días, una vez más, en medio de generosidad y contradicciones, la Iglesia está presente de mil maneras en muchos espacios de nuestra sociedad.

Al mismo tiempo, en el siglo XX se fue acentuando y consolidando de una manera muy sólida la separación definitiva entre el poder civil y el eclesiástico. En base a esta separación, ambos poderes se vieron obligados a tomar acuerdos de convivencia o relaciones concordatarias, en este punto destacaron los pontificados de Pío IX y Pío XI. De entre todos ellos sobresalen los Pactos Lateranos de 1929, que puso fin a la disputa emprendida con la autoridad civil italiana (Cuestión Romana) por las posesiones terrenas de la Santa Sede. Con los Estados se fueron firmando diversos Concordatos que regularon las relaciones entre la Iglesia y el Estado. En el caso de España, en el año 1953 se rubricó uno bajo los principios del nacionalcatolicismo y que posteriormente se reformó en otro acuerdo que data de 1979, para adaptarse a la nueva realidad de la aconfesionalidad del Estado proclamada en la Constitución Española. La Iglesia perdió poder temporal, pero de este modo se convirtió en una institución más creíble. Al separarse ambos poderes, la Iglesia descubrió el papel singular que podían jugar los laicos en la vida civil, abriéndose a ellos el apostolado jerárquico de la Iglesia a través de la Acción Católica, cuyo principal defensor y propagador fue el ya mencionado Pío XI (1922- 1939).



La vida de la Iglesia en el siglo XX

Aparte de lo mencionado hasta el momento, ¿cuáles son los principales acontecimientos que marcaron la vida de la Iglesia en el siglo XX?

Sin duda, han sido muchos, y todos de un calado muy importante que han hecho que la Iglesia del siglo XX divisara el Viejo y Nuevo Continente teñidos de sangre, revoluciones y de retos muy importantes. Todos ellos, a mi juicio, se pueden agrupar en los siguientes bloques, un total de siete: 1. Lucha contra las nuevas ideologías y corrientes teológicas (el Modernismo); 2. Enfrentamiento a los regímenes totalitarios (Nazismo y fascismo) 3. Las dos Guerras Mundiales; 4. Auge y caída del comunismo (Revoluciones Rusa y China, Guerra Fría, caída del bloque del Este); 5. Persecuciones (Como los sucesos ocurridos en Méjico durante el suceso de Carranza y Obregón (1916 - 1924), o en España a partir de 1931; 6. Renovación Eclesial (venida de la mano del Concilio Vaticano II y de las Conferencias del Episcopado Latinoamericano); y 7. Nacimiento de nuevas realidades eclesiales (Asociaciones Católicas, prelaturas personales (Opus Dei).

Paso a hacer una breve descripción de algunos de estos sucesos que marcaron el devenir de los tiempos contemporáneos y por tanto, de la vida de la Iglesia, con el fin que los lectores puedan percatarse de su magnitud y de su repercusión no sólo en el universo eclesial sino también en el orden mundial.

1. Lucha contra las nuevas ideologías y corrientes teológicas.

A principios del siglo XX la Iglesia se enfrentó al problema del Modernismo, que consistió en la reinterpretación de todas las verdades cristianas a partir de algunos presupuestos de la filosofía moderna que insistían en la incognoscibilidad de Dios. Este movimiento modernista postulaba hacer de la teología una ciencia experimental y, por tanto, no cabía hablar de misterios ni de sobrenatural, vaciando de contenido el dogma. Propugnaba una ruptura con la tradición de la Iglesia, concebida ésta como mera institución humana. San Pío X, el papa que sucedió a León XIII, condenó expresamente esta corriente en la encíclica *Pascendi Dominici Gregis* (Al oficio de apacentar la grey del Señor), publicada el 8 de septiembre de 1907. El texto comienza exponiendo los motivos del escrito en los que se sintetizan los peligros modernistas: “

2. Enfrentamiento a los regímenes totalitarios (Nazismo y fascismo).

A partir de finales de los años veinte y principios de los treinta comenzaron a tomar el poder en Alemania e Italia regímenes totalitarios. En Alemania de la mano del nacionalsocialismo liderado por Hitler y en Italia del Partido Fascista Republicano

“Hablamos, venerables hermanos, de un gran número de católicos seculares y, lo que es aún más deplorable, hasta de sacerdotes, los cuales, so pretexto de amor a la Iglesia, faltos en absoluto de conocimientos serios en filosofía y teología, e impregnados, por lo contrario, hasta la médula de los huesos, con venenosos errores bebidos en los escritos de los adversarios del catolicismo, se presentan, con desprecio de toda modestia, como restauradores de la Iglesia, y en apretada falange asaltan con audacia todo cuanto hay de más sagrado en la obra de Jesucristo, sin respetar ni aun la propia persona del divino Redentor, que con sacrílega temeridad rebajan a la categoría de puro y simple hombre”.

liderado por Musolini. Sus consecuencias ya sabemos cuáles fueron: el afán imperialista y el desencadene de la II Guerra Mundial, unidos por supuesto, a los ya conocidos de la exaltación de la supremacía de la raza aria y promoción de sentimientos de antisemitismo.

En Italia la libertad de la Iglesia y de las asociaciones católicas fue abordada desde el plano de los derechos de la Iglesia y de su libertad para actuar y enseñar. Este planteamiento explica el Concordato de esos años con Mussolini (1929).

Más desigual fue la relación y actitudes de la Iglesia con el nazismo. Fue a partir de mediados de 1933 cuando Hitler inició su lucha contra aquélla. Contienda que se puede dividir en tres etapas:

Primera fase (1933 - 1934): con medidas represivas encubiertas, pues Hitler no participó directamente en ellas y confió a sus seguidores la prosecución de la lucha por la imposición de la cosmovisión de la raza aria. Alfred Rosenberg, jefe del servicio de Asuntos Extranjeros del Partido, fue llamado personalmente para llevar a cabo esta misión. Hizo asesinar a algunos dirigentes católicos e inició el boicot sistemático a los negocios judíos.

Segunda fase (1934 - 1939): es un momento de la lucha abierta contra la Iglesia traducida en la desconfesionalización de la vida pública y la limitación de todos los campos de la actividad eclesial. Se prohibieron todas las asociaciones religiosas y organizaciones juveniles, se prohibió la enseñanza de la religión en las escuelas, se retiraron las subvenciones para las guarderías infantiles católicas y para otras organizaciones sociales y caritativas, y se reprimió la libertad de expresión de la prensa católica. Entre 1938 y 1939 se abolieron las últimas escuelas confesionales y muchos conventos, junto con las facultades de Teología católica como la de Múnich. En la noche del 9 de noviembre de 1938, conocida como la Noche de los Cristales Rotos (Los ataques dejaron las calles cubiertas de vidrios rotos pertenecientes a los escaparates de las tiendas y a las ventanas de los edificios de propiedad judía), tuvieron lugar los primeros grandes linchamientos organizados contra los judíos.

Tercera fase (1940 - 1945): en la Polonia conquistada las vejaciones contra la Iglesia fueron constantes. Se limitó en todo el III Reich el número de vocaciones en las órdenes y el de los estudiantes de Teología.

En este contexto se enmarcó la triste realidad del holocausto judío. Pío XII mostró su lado más humano y acogedor cuando en septiembre de 1943 ofreció bienes del Vaticano como rescate de judíos apresados por los nazis. Igualmente, durante la ocupación alemana de Italia, la Iglesia, siguiendo instrucciones del Papa, escondió y alimentó a miles de judíos en la Ciudad del Vaticano y en Castelgandolfo, así como en templos y conventos.

3. Las dos Guerras Mundiales.

En la dos Guerras Mundiales apareció con claridad la dificultad de mantener la pretensión de universalidad y de defensa del ideal de fraternidad propio del cristianismo. La Iglesia católica fue la única sociedad implantada sólidamente en todos los países en guerra, gobernada desde una sede independiente y neutral. Estas circunstancias podrían proporcionarle aparentemente unas condiciones inmejorables de mediación, pero al mismo tiempo suscitaban suspicacias y rechazos sin cuento, por el hecho de que la Santa Sede no estuvo identificada con ninguno de los bandos.

Durante la primera de las contiendas, Benedicto XV intentó por todos los medios poner su autoridad moral al servicio del restablecimiento de la paz, exhortando repetidamente a una paz justa, pero en ningún momento encontró eco en los responsables de las naciones. Éstos atacaron al Papa por no haber condenado las atrocidades de los otros y porque sus discursos a favor de la paz enfriaban el ardor combativo de los pueblos.



También fueron negativos los resultados de sus gestiones diplomáticas secretas, sobre todo las que llevó en la primavera de 1915 y en verano de 1917 cuando propuso a los combatientes un plan de conciliación. En realidad, el Papa buscaba la paz, pero los bandos en guerra buscaron la victoria.

Años más tarde Pío XII se encontró con una situación semejante con motivo de la II Guerra Mundial, agravada por el carácter maligno que para las democracias occidentales tenía tanto el nazismo con el fascismo. Todos sus esfuerzos en favor de una paz chocaron con la incomprensión y la desconfianza de unos y los otros. Más éxito tuvo, sin duda, la eficaz organización de ayuda e información organizada por el Vaticano con el fin de relacionar a familiares y prisioneros de ambos bandos. La labor de los nuncios en los respectivos países resultó decisiva en este campo.

4. Auge y caída del comunismo (Revoluciones Rusa y China, Guerra Fría, caída del bloque del Este).

Uno de los acontecimientos que más implicaciones tuvo en el mundo en el siglo XX fue la revolución rusa de 1917, cuyo antecedente fue la revolución de 1905. Tras la victoria de los bolcheviques liderados por Lenin se proclama la República Federal Socialista Soviética, con la concentración del poder en los bolcheviques, único partido. Se estableció la abolición de la propiedad privada, la colectivización de los medios de producción, así como la nacionalización de todas las empresas. Muerto Lenin se instauró la lucha por el poder entre Estalin y Trotsky, quien será desterrado de la Unión Soviética, siendo Stalin el organizador de la primera nación comunista.

Desde el punto de vista religioso, la Unión Soviética proclamó el materialismo ateo como parte de su programa, en consecuencia trabajó por la abolición de la religión, que como afirmara Marx no es más que *“el opio del pueblo”* que impide la construcción de la utopía comunista.

Solo la angustia producida por los ataques del ejército alemán en 1941 y la necesidad de una respuesta unánime del pueblo ruso hizo posible un trato mejor de Stalin a una Iglesia que supo mostrar en todo momento su patriotismo y colaboración. La Iglesia católica de Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Yugoslavia, Croacia y Rumanía sufrió una gran persecución, dando origen a la Iglesia del Silencio. En estos países se encuentran ejemplos heroicos de resistencia y fidelidad. Fueron los casos de Aloysius Stepinac, arzobispo de Zagreb; Josyf Slipyg, arzobispo mayor de la iglesia greco - católica de Ucrania y el cardenal Wyszynky de Polonia.

En China el largo proceso revolucionario que comenzó en 1912 con la caída de la monarquía China de los Manchú y el establecimiento de la República dirigida por el Kuomintang (Partido Nacionalista Chino) terminó con el triunfo comunista en 1949 y la proclamación de la República Popular dirigida por Mao Zedong que gobernó durante casi tres décadas.

Desde el punto de vista religioso la persecución de los diversos gobiernos chinos fue unánime, extendiéndose contra los cristianos católicos y protestantes, los budistas tibetanos, los musulmanes y todas las religiones que no aceptaron el nombramiento de sus jerarquías religiosas por el Partido. Especialmente los líderes religiosos fueron perseguidos y no pocos hasta la muerte, otros pasaron su vida en cárceles, campos de trabajo o centros de reeducación.

Centrándonos en la Iglesia católica hay en la actualidad unos cinco millones pertenecientes a la Iglesia Patriótica y unos ocho millones pertenecientes a la Iglesia Clandestina. En nuestros días existen pues, en China, dos Iglesias católicas, la Patriótica, cuyos obispos y sacerdotes son elegidos y ordenados de acuerdo con el partido comunista, y la Iglesia Clandestina dependiente de Roma. Para sorpresa del gobierno de Pekín los

obispos patrióticos se sienten como verdaderos sucesores de los apóstoles y el 80% de los mismos ha pedido a Roma ser reconocidos y admitidos a la plena comunión de la Iglesia algo que la Santa Sede les ha concedido. Junto a esto, entre los fieles católicos clandestinos y los patrióticos está naciendo una corriente de simpatía producida por deseo de la mutua aceptación. En la actualidad existen en China 138 diócesis, muchas de ellas carentes de obispo; pues hay sólo 120 obispos, de los que 74 pertenecen a la Iglesia Patriótica mientras que los otros 46 dirigen la Iglesia Clandestina, reuniéndose en casas y lugares improvisados. Con ellos colaboran 1.740 sacerdotes oficiales y 1.000 clandestinos además de 3.500 religiosas oficiales y 1.700 clandestinas.

Varios han sido los escritos de los Papas en los que se ha hecho referencia a la situación religiosa de China, desde Pío XII quien el 7 de octubre de 1954, escribió la carta encíclica *Ad Sinarum gentem* (A la gente de China) en la que indicó su angustia por aquellos católicos que no se han mantenido firmes en la fe católica debido al miedo, al terror y atraídos por la doctrina del movimiento ajeno a la religión; hasta Juan Pablo II en su mensaje del 8 de diciembre de 1999 con motivo del Gran Jubileo del 2000. En este texto el Papa muestra cómo la religión católica está presente en China desde el año 635 y de cómo la labor apostólica de la Iglesia ha sido causa de lágrimas y derramamiento de sangre. Termina el Papa su texto convencido de que la sangre de tantos mártires es nueva semilla que hace crecer auténticos discípulos de Jesús.

Hemos visto como los papas condenaron al comunismo por su doctrina atea, materialista y antirreligiosa. Con la llegada de Juan XXII comenzó una política del Este, Ostpolitik, con el fin de propiciar un acercamiento entre los países del Este y la Santa Sede. La actitud del Papa respecto al comunismo se fundamentó sobre dos pilares: una postura de respeto y otra de inequívoca condena hacia la ideología, junto a una firme resolución de no cerrar puertas, sino de aprovechar todo lo que esté al alcance para obtener una pacífica convivencia y una mayor expansión de Reino de Dios. Juan XXIII inició una nueva andadura en la Ostpolitik vaticana, ejemplo de ello tenemos la audiencia que concedió en la primavera de 1963 al yerno del entonces secretario general del Partido Comunista ruso, N. Kruschev,

La Ostpolitik de Pablo VI fue juzgada de diversas maneras. En realidad, no hizo más que continuar una iniciativa que Juan XXIII había tomado los últimos días de su pontificado. Ahora la Ostpolitik pasó a ser en un aspecto importante de la política internacional de la Santa Sede. Agostino Casaroli, que ya había tenido alguna experiencia concreta, se convirtió en su embajador, en su paciente ejecutor y en su artífice. Y en colaboración cada vez más íntima con Pablo VI en 1967 lo nombra “ministro de Exteriores”. Fueron múltiples los viajes que realizó Casaroli en búsqueda de contactos con el mundo comunista durante el pontificado de Pablo VI.

Desde que el Papa Juan Pablo II pronunció la famosa frase: “Abrid las puertas a Cristo”, los países comunistas del Este vieron en ella un desafío y el comienzo de una nueva fase en relación con el periodo comenzado por Juan XXIII y continuado por Pablo VI bajo el signo de un diálogo dispuesto a buscar puntos de encuentro con todos los Estados Comunistas. Con la llegada de un Papa procedente de Polonia, y por consiguiente del corazón de los países eslavos, la Ostpolitik vaticana asumió una nueva dimensión. En 1978 cuando todavía era arzobispo de Cracovia, Juan Pablo II había predicho la caída del marxismo basándose en el hecho de que el comunismo no había conseguido ninguno de sus objetivos y mantenía sometida a gran cantidad de la población con el instrumento del terror y de la represión. Poco a poco las cosas fueron cambiando. La bancarrota económica y social de los países de la Europa Oriental comenzaron a minar las bases comunistas, al mismo tiempo que se fue afirmando con más fuerza la libertad y la democracia en occidente.

El 13 de junio de 1988 el secretario de Estado Vaticano, el cardenal Casaroli, fue recibido en el Kremlin por el nuevo hombre fuerte de la URSS, Mijail Gorbachov. Fue un encuentro, como afirma el mismo Casaroli, bastante cordial en cuanto apertura y disponibilidad para dialogar; el presidente soviético le dijo: “Basta una

pedrecita para poner en movimiento un mecanismo". Así se pusieron los cimientos para un sólido diálogo y unas relaciones más formales.

En el otoño de 1989 llegaron los grandes cambios radicales. El primer hecho más emblemático fue la caída del muro de Berlín, al que siguieron las revoluciones pacíficas en Checoslovaquia, Alemania Oriental, Bulgaria, Rumania y Polonia. Se pudo imponer la *Perestroika* de Gorbachov gracias a la acción personal del Papa. El cardenal Secretario de Estado viajó a Moscú para preparar el encuentro de ambos en el Vaticano. Y por fin, el 1 de diciembre del mismo año, Juan Pablo II recibió en el Vaticano a Gorbachov: fue el final de más de setenta años de persecución religiosa por parte de los comunistas.

Las relaciones con China no fueron tan beneficiosas. Comenta el cardenal Casaroli que en uno de sus viajes por el este del Japón fue a Hong Kong, donde no vio a los chinos del gobierno ni a los obispos. Allí habló con personas importantes de la Iglesia para conocer mejor los problemas y las perspectivas. Fue un viaje de contactos interesantes, pero sin muchas ilusiones. El 18 de febrero de 1981 Juan Pablo II recibió en la nunciatura apostólica de Manila a una numerosa delegación de católicos chinos residentes en Filipinas y en Asia, aprovechando la ocasión para ofrecer a China una posible apertura al diálogo. Un año antes los cardenales F. Könnin y R. Etcheagaray viajaron a China y a su regreso comentaron una nueva actitud del gobierno respecto a las religiones. En 1989 Juan Pablo II viajó de nuevo a Oriente y pasó por Corea del Sur e Indonesia, pero China se mantuvo una vez más cerrada sobre sí misma. En este viaje el Papa expresó su deseo de visitar China, pero el ejecutivo chino no respondió nada.

Hay que señalar que, el 8 de septiembre de 1993 el cardenal Etcheagaray, al volver de nuevo de una misión en China, invitado por las autoridades de Pekín declaró que su viaje había sido una señal evidente de voluntad de diálogo y que todos los mandatarios del gobierno con los que trató expresaron el deseo de pasar las páginas más antiguas de la historia en las que Roma y Pekín habían tenido dificultades para escribir juntos. El 23 de septiembre de 2018, en un clima de alto nivel diplomático, se alcanzó un nuevo acuerdo: el gobierno de Pekín propondría a los obispos y el papa daría su aprobación.

5. Persecuciones contra la Iglesia.

Ha sido el siglo XX el más marcado por la persecución y por la generosa entrega por parte de millares de cristianos, comenzando por el P. Foucauld, asesinado en el sur de Argelia, donde llevaba una vida de oración, renuncia y cercanía a las poblaciones del desierto. Ha sido el siglo soviético, como ya he indicado, donde se encarceló y ajustició a innumerables cristianos. Ha sido la Europa de los campos de concentración nazi, allí donde Edith Stein, Maximiliano Kolbe y tantos otros mostraron su entereza y fidelidad; el siglo de las Iglesias mártires del Este Europeo y el siglo de mártires de la justicia como Oscar Romero.

Las dificultades para la Iglesia cruzaron el Océano Atlántico y llegaron a países de profundas raíces católicas. El caso más significativo es México, donde la persecución religiosa negó a la Iglesia sus derechos más fundamentales. Allí la Iglesia no solo no fue destruida, sino que mantuvo su autoridad moral y su presencia en todos los ámbitos gracias a que la mayoría de la población permaneció fiel a sus creencias. Las represiones más duras fueron las de Carranza y Obregón (1916 - 1920 - 1920 - 1924) y seguidamente la de Plutarco Elías Calles (1924 - 1929), quienes ordenaron crueles persecuciones con incendios de templos, robos, violaciones, atropellos a sacerdotes y religiosas, expulsión de los sacerdotes extranjeros, multas y prisión a quienes diesen enseñanza religiosa o vistieran con hábitos clericales etc. Como consecuencia de esta situación los obispos mejicanos en una carta pastoral del 27 de julio de 1926 protestaron contra estos abusos; Plutarco hizo caso omiso de estas protestas. A los pocos días el 31 de julio y después de consultar a la Santa Sede, los obispos

ordenan la suspensión del culto en toda la República. De forma inmediata una docena de obispos y el arzobispo de Méjico fueron expulsados del país.

Hemos visto como la Iglesia ha sufrido tremendamente durante el siglo XX en Centro Europa, América, Norte de África y en el Extremo Oriente, pero también en nuestro país, siendo los momentos más agudos aquellos que se correspondieron con la instauración de la II República y el desarrollo de la Guerra Civil; presento una breve descripción de acontecimientos significativos.

Los sacerdotes españoles de 1931 no habían conocido hasta ese momento una persecución violenta. Al contrario, habían residido en un Estado oficialmente católico que dignificaba su posición social, pese a las críticas de algunos sectores. En cambio, desde el 14 de abril del año mencionado los presbíteros entendieron que el nuevo régimen podía acarrear sufrimientos mayores, pues las amenazas recibidas habían sido muy explícitas. Esta sensación de desamparo se incrementó en el mes de mayo. La mayor parte de los clérigos tuvieron preparada, ya desde el inicio de la República, ropa no clerical con la que camuflarse entre la gente por la calle para escapar de las manos de los fanáticos. Hubo sacerdotes que, antes de esconderse, se acercaron primero a su iglesia para retirar la Eucaristía, cerrar las puertas o poner barreras a los posibles asaltantes.

Uno de los episodios más tristes de nuestra historia eclesiástica contemporánea fue la quema de conventos y edificios religiosos en mayo de 1931, cuya situación nacional unos días antes presentó un panorama desolador: el Gobierno Provisional mantuvo de cara a las elecciones la coalición republicana – socialista. El mencionado gabinete continuamente estuvo ofreciendo actos de laicización oficial, se impidió a la Iglesia de formar parte del Consejo Superior de Instrucción Pública, se interrumpió la tradición de que se rindieran honores militares al Santísimo Sacramento a su paso por las calles. A esto se sumó el hecho de que se retiraron de todos los Ayuntamientos y Diputaciones las sagradas imágenes del Sacratísimo Corazón de Jesús que tiempos atrás fueron en ellos solemnemente entronizados. En este clima tan adverso, tuvo lugar en Madrid el día 11 de mayo de 1931 el incendio del Colegio de la Inmaculada y del Instituto de Artes e Industrias (ICADE) de los Jesuitas. Los incendiarios debieron ser un grupo de unas cincuenta o sesenta personas, de edad joven, entre los 16 y 20 años, diciendo lo primero de todo que los niños salieran del edificio, voz en grito, e incluso con instrumentos de hierro en la mano para atemorizar aún más.

El asalto comenzó por la entrada de todos los individuos en el interior del edificio, sacando y cogiendo todos los comestibles posibles, así como toda clase de objetos sagrados y profanos que fueron amontonando sin respetar nada. Posteriormente procedieron a incendiar los mencionados objetos formando una gran hoguera en el centro de la calle. Los Jesuitas también vieron cómo les incendiaron la Casa Profesa de la calle de la Flor. El acto vandálico comenzó en torno a las diez y media de la mañana, ocultándose los religiosos en el sótano hasta las tres y media de la tarde, y viendo como el fuego les iba comiendo terreno, se dieron la absolución, se arrodillaron y se dispusieron a morir. Al dar los asaltantes con el escondite, el jefe de la pandilla cuando vio aquél escenario se santiguó y quedó dispuesto a defenderlos. Los sacaron con ayuda de la guardia civil a un camión militar entre los insultos y la grosería del populacho, que los apedreó. Algunos Padres resultaron heridos. Todos ellos se refugiaron en casas amigas. De la Casa Profesa se perdió en llamas la biblioteca, que era considerada la segunda de España tras la Biblioteca Nacional, y que contaba con 80.000 volúmenes que incluían ediciones de Lope de Vega, Quevedo o Calderón. Del ICADE se arruinó también su biblioteca con unos 20.000 volúmenes de obras únicas, así como toda la obra de toda la vida del paleógrafo García Villada con sus fichas y fotografías de todos los archivos del mundo. Así mismo en el interior de sus iglesias ardieron obras de Zurbarán, Van Dyck y Coello.



En Valencia la persecución se dio principalmente en los edificios materiales y en las viviendas de los religiosos; las iglesias y objetos de culto fueron respetadas, a excepción de los PP. Carmelitas Descalzos, que fue incendiada. Hubo también algunos sacerdotes, como el arcipreste de Alcoy, que se tuvo que ocultar en el sótano de la iglesia y que cuando fue descubierto fue maltratado y obligado a salir de la ciudad. Lo mismo ocurrió en el pueblo de Puerto de Sagunto donde los dos sacerdotes fueron expulsados violentamente.

En Cádiz los asaltos, incendios y latrocinios duraron desde la media noche del lunes 11 hasta las primeras horas de la mañana del 12 de mayo. Los actos vandálicos, profanaciones y sacrilegios fueron muchos y horriblos. Los religiosos de las casas asaltadas y las religiosas de clausura salieron de sus casas precipitadamente y fueron donde ellos pudieron. Fueron pasto de las llamas la iglesia y el convento de santo Domingo de Cádiz, no salvándose nada de ellos, ni la imagen de la Santísima Virgen del Rosario, co - patrona de la Ciudad.

Pío XI en la Carta Encíclica *Dilectissima nobis* del 3 de junio de 1933, se dirigió a los obispos, al clero y a todo el pueblo español, sobre la injusta situación creada a la Iglesia en España.

Pero sin duda la persecución y matanza de sacerdotes y religiosos más trágica en el siglo XX fue la que se llevó a cabo durante el verano de 1936, pues la zona española que quedó bajo dominio de las milicias del Frente Popular, se convirtió en un auténtico infierno para todas estas gentes.

6. Renovación eclesial.

Evidentemente el actuar de la Iglesia a lo largo de este siglo no solo se ha limitado a fomentar la paz, la beneficencia, la concordia y la solidaridad en los extendidos tiempos bélicos, como ya les he comentado; sino también a la renovación interior y a la puesta al día de acuerdo con las exigencias de la época actual. Esto fue lo que buscó en el Concilio Vaticano II. Al pontificado de Pío XII, cuyo magisterio ordinario y extraordinario fue imponente y renovador en cuanto a la eclesiología y a la liturgia, sucedió el de Juan XXIII (1958-1963), un anciano, considerado "Papa de transición", quien removió los cimientos de la Iglesia al convocar un Sínodo Romano, el Concilio Vaticano II, y la reforma del Código de Derecho Canónico de 1917, emprendido por Pío X y promulgado por Benedicto XV.

El Concilio Vaticano II (1962 - 1965), que debería responder a la pregunta: ¿Ecclesia, quid dices de te ipsa?, supuso un soplo de aire fresco para la Iglesia, ya que inició un proceso de descentralización: el acento ya no se puso en el papado, como en el Vaticano I, sino en la colegialidad episcopal, y en el papel creciente que se ofrece a los laicos en la vida de la Iglesia. Juan XXIII dejó hacer durante su presidencia en la primera sesión tras la cual murió, y Pablo VI intercedió, guio y moderó los debates conciliares hasta su conclusión en 1965, aprobándose cuatro Constituciones (*Lumen gentium, Dei Verbum, Sacrosanctum Concilium y Gaudium et spes*), nueve Decretos (*Christus Dominus, Presbyterorum ordinis, Optatam totius, Perfectae caritatis, Apostolicam actuositatem, Orientalium Ecclesiarum, Ad gentes divinitus, Unitatis redintegratio e Inter mirifica*) y tres Declaraciones (*Dignitatis humanae, Gravissimum educationis y Nostra aetate*). La recepción del Concilio se produjo en un contexto de profundo cambio cultural gracias en parte a la prosperidad económica de posguerra y a la imparable secularización de la sociedad, que algunos entendieron como la obligación de la Iglesia por acomodarse al mundo, presentando las reformas en clave de rupturas, sobre todo en el aspecto de la moral tradicional. Estas circunstancias generaron una cultura juvenil rebelde que protagonizó, entre otros, sucesos como el mayo francés del 68.

7. Nacimiento de nuevas realidades eclesiales.

Sin duda una de las características más relevantes que presenta la vida de la Iglesia durante los siglos XX y XXI es el florecimiento de nuevos movimientos de espiritualidad que revisten muy diversas formas asociativas de vida y apostolado. Es cierto, como afirmó Juan Pablo II, que la asociación de fieles siempre ha representado una constante en la vida de la Iglesia, en los tiempos modernos este fenómeno ha experimentado un particular impulso con el nacimiento y expansión de múltiples formas agregativas: asociaciones, grupos, comunidades, movimientos.

En las primeras décadas del siglo XX se percibe ya una progresiva difusión de numerosas organizaciones internacionales católicas, que cubren gran amplitud de campos de acción - desde la familia a las actividades profesionales, la educación, la cultura, la política, las comunicaciones sociales, la caridad y la promoción humana - pero el rápido desarrollo de los movimientos de espiritualidad, las nuevas comunidades y otras múltiples realidades eclesiales, así como sus abundantes frutos apostólicos deben situarse en el marco de la renovación eclesiológica y pastoral promovida por el Concilio Vaticano II, que ha impulsado una nueva época asociativa de los fieles laicos y ha hecho nacer nuevos carismas, como rasgos más característicos y esperanzadores de la Iglesia de finales del siglo XX y principios del XXI, en medio de un mundo cada vez más secularizado.

Los aspectos de mayor incidencia en el desarrollo de estas nuevas realidades podrían sintetizarse en los siguientes: la revalorización del bautismo y del sacerdocio común de los fieles, operada por el Concilio Vaticano II; la relevancia de carismas como fruto de la acción del Espíritu Santo; la llamada universal a la plenitud de la vida; la participación activa en la misión de la Iglesia; la vocación y la misión de los laicos como corresponsables de la vida de la Iglesia y que ha llevado a comprender que su apostolado surge de la misma vocación bautismal, abierto a innumerables iniciativas personales y comunitarias; y la dimensión de comunión propia de la Iglesia.

Por su relevancia, extensión histórica o geográfica, o representatividad destacan los siguientes: Comunión y Liberación, Acción Católica, Camino Neocatecumenal, Comunidad de Adsis, Opus Dei, Comunidades de Vida Cristiana, Comunidad de San Egidio y Movimiento de los Focolares.

Conclusión.

Como creyentes, hoy resulta más importante que nunca conocer la historia de nuestra Iglesia, acudir con humildad a nuestras raíces, comprender su camino a través de los siglos, la cultura y las vicisitudes de los pueblos. Nuestra Iglesia surgió en unos años determinados y camina en unas circunstancias concretas, como todo hombre. Esta historicidad explica la inclusión de la Iglesia en la historia humana, y explica también los pecados y la vida de gracia de sus miembros. La historia de la Iglesia es, en definitiva, historia de comunidades, de Iglesias, de creyentes que expresan su fe de diversas maneras. En estos primeros años del siglo XXI, los desafíos con los que se encuentra la Iglesia española y la cultura occidental, nacida de su impulso, no son escasos ni de pequeña envergadura. El principal reto para el sistema de libertades nacido del cristianismo es una visión moral laicista y defensora del relativismo moral. Esta visión pretende ser tolerante con todos salvo con aquellos que no la comparten. En este sentido, resulta extraordinariamente sectaria y, por supuesto, abiertamente anticristiana. Amparada en la dictadura de lo políticamente correcto, esta visión niega los pilares sobre los que construye nuestra cultura y lo que es peor, amenaza con aniquilarla de manera absoluta. Si hace tiempo convirtió en bandera de legalización el aborto, ahora ha caminado peligrosamente hacia la despenalización de la eutanasia y hacia el aniquilamiento de la familia. Al igual que en tantos otros momentos anteriores de la historia de nuestra Iglesia presenta a ésta a inicios del

siglo XXI como la única institución capaz de salvaguardar la libertad en todos sus sentidos, la dignidad humana, la justicia y la cultura frente a los embates de la violencia surgida de distintas ideologías políticas.

Como he expuesto, el siglo XX presentó momentos muy difíciles para la vida de la Iglesia, como los tenemos ahora; pero estos no nos deben hacer desfallecer, todo lo contrario. El ejemplo de la santidad de los papas del siglo XX hace mirar el futuro con la esperanza de que la Iglesia permanece para siempre.

Bibliografía.

- ALBERICO, G. *Historia de los Concilios ecuménicos*, Salamanca, 1993.
- AUBERT, R et alii. *La Iglesia entre la Revolución y la Restauración* (= Manual de Historia de la Iglesia, dir. j. jedin, vol VIII) Barcelona, 1978.
- BLET, P. *Pío XII y la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, 2004.
- CAHILL, T. *Juan XXIII*, Barcelona, 2003.
- CÁRCEL, V. *Historia de la Iglesia en la España contemporánea (Siglos XIX y XX)*, Madrid, 2002.
- ID. *León XIII y los católicos españoles: informes vaticanos sobre la Iglesia en España*, Barañáin, 1988.
- ID. *Pío IX, pastor universal*, Valencia, 2000.
- ID. *Pablo VI y España* (= BAC Mayor 58), Madrid, 1997.
- CREMONA, C. *Pablo VI*, Madrid, 1996.
- CORNWELL, J. *El Papa de Hitler: la verdadera historia de Pío XII*, Barcelona, 2001. DAL, G. *Pío X, el Papa Santo*, Madrid, 1987.
- FROSSARD, A. *El mundo de Juan Pablo II*, Rialp, Madrid, 1992.
- GASPARI, A. *Los judíos, Pío XII y la leyenda negra*, Barcelona, 1988.
- JAVIERRE, J. Ma. *Pío X*, Madrid, 1984.
- ID. *Juan XXIII, reto para hoy*, Salamanca, 2002.
- HERA DE LA, E. *Pablo VI al encuentro de las grandes religiones*, Bilbao. 2001.
- LABOA, J. Ma. *Historia de la Iglesia, vol IV. Época Contemporánea*, BAC, Madrid, 2007. MARÍN, L. *Juan XXIII*, Herder, 1998.
- MARTINA, G. *La Chiesa nell'Etá del Liberalismo*, Brescia, 1980.
- MARTÍNEZ, J. A. (ed). *Encíclicas de Juan Pablo II*, Edibesa, Madrid, 1998.
- MATTEI, R. *Pío IX*, Casale Monferrato, 2000.
- ID. *La Chiesa nell'Etá del Totalitarismo*, Brescia, 1974.
- PEREDA, H. J., *2000 años de cristianismo. Historiograma del Camino de la Iglesia*, Madrid 2004.
- Ó SHEA, C. *Así piensa el Papa: 150 preguntas a Juan Pablo II*, Madrid, 1999.
- REDONDO, G. *La Iglesia en la Edad Contemporánea*, Palabra, 39, Madrid, 1989.
- ROGIER, L.-AUBERT, R.-KNOWLES, M. D., *Nueva Historia de la Iglesia*, Madrid 1982-1987. SARANYANA, J. I.; LAMA, E. *Cien años de pontificado romano: de León XIII a Juan Pablo II*, Barañáin, 1988.
- SCHARTZ, K. *Historia de la Iglesia Contemporánea*, Biblioteca de Teología 16, Barcelona, 1992.
- ID. *Los concilios ecuménicos. Encrucijadas en la Historia de la Iglesia*, Madrid, 1999. SOSA, FCO. *Pío IX el último soberano*, Zaragoza, 2000.
- TANNER, N. *Los concilios de la Iglesia: Breve historia*, Madrid, 2003.

Sobre el autor.

Ismael Arevalillo García, O. S. A, es religioso agustino de la Provincia Agustiniense de San Juan de Sahagún. Doctor en Teología, especialidad Historia de la Iglesia (Universidad Eclesiástica San Dámaso - Madrid), licenciado en Estudios Eclesiásticos (Universidad Pontificia de Comillas - Madrid), licenciado en Historia (Universidad Complutense - Madrid), máster en Archivística (Universidad Carlos III - Madrid) y máster en

Doctrina Social de la Iglesia (Universidad Pontificia - Salamanca. Es profesor de Historia de la Iglesia en la Edad Antigua y Moderna en el Centro Teológico San Agustín (Real Colegio Universitario María Cristina - San Lorenzo de El Escorial, Madrid) y de Historia del Mundo Contemporáneo en el colegio San Agustín (Los Negrales - Madrid). Ha publicado varios libros en la Editorial Agustiniiana y artículos en las revistas Berceo, Trocadero, Religión y Cultura, Revista Estudios Segovianos, Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses, Archivo Agustiniiano, Analecta Agustiniiana, Revista Toletana: Cuestiones de Teología e Historia, Compostellanum, Revista Ab Initio y Revista de Estudios del Patrimonio Cultural.